

JUAN CARLOS GARAY
LA CANCIÓN
DE LA LUNA

icono •

ICONO •

©2011, Juan Carlos Garay
©2011, Icono Editorial Ltda.
Carrera 10 A No. 70-62
Teléfono: (57-1) 317 8905
TelFax: (57-1) 317 8898
Bogotá, D. C., Colombia
www.iconoeditorial.com

Director:

Gustavo Mauricio García Arenas
gmgarcia@iconoeditorial.com

Asistente editorial:

Ángela Alfonso Botero

Diseño:

Nancy Cruz

Imagen de cubierta:

Sara Herrera Fontán

ISBN: 978-958-8461-15-1

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción total o parcial
de esta publicación, mediante cualquier sistema,
sin previa autorización escrita de la editorial.

I

ALAS TRES DE LA MAÑANA HABÍA UN monje que no podía dormir. Daba vueltas en la estera. Se acomodaba primero sobre un costado, cerraba los ojos, menguaba el ritmo de su respiración, pero tan pronto se iba aletargando comenzaba a sentir la picazón del brazo dormido, y entonces tenía que darse otra vuelta y buscar una mejor posición. Afuera el mundo parecía congelado en el reino de la noche, adentro el monasterio se sentía como durmiendo un solo sueño gigante. De los pasillos no llegaba el menor ruido. Y en ese silencio enorme su memoria sacó a flote, de la manera más misteriosa, cierto ritmo marcado por un golpe de platillo.

Tampoco ayudaba la luz de la luna. Esa noche y en ese instante la posición astronómica fue tan exacta que el redondel brillante quedó ubicado en el centro de la ventanita cuadrada, iluminándole como un foco la cara, el cuerpo, las sábanas y todo el rincón. Cerraba los ojos, pero el brillo le traspasaba los párpados y en lugar de tinieblas aparecía en el fondo de su cabeza un espacio infinito de color azul metálico. Sudaba. Las tripas le sonaban. Varias horas atrás había cenado una sopa de zanahorias y luego, pasada la última meditación de la noche, había compartido con los otros monjes un tazón humeante de té de jazmín.

Se paró de un impulso, se puso la túnica amarilla y, en lugar de calzarse las sandalias, para no hacer ruido con sus pasos, decidió llevarlas en la mano. Abrió la puerta de su celda como si fuera un velo de satín y salió a andar por el pasillo siguiendo las estrictas normas del *kin hin*: la respiración marca tus pasos. Pero pronto, cuando bajaba las escaleras, descubrió que

su respiración y sus pasos seguían otro ritmo, el recuerdo insistente de una canción que emergía del olvido, el platillo ágil y los primeros acordes de un piano. Suspiró. Nada podía hacer esa noche por esquivar la memoria de su pasado mundano.

Al llegar al portón pensó en regresar a su estera, pero entonces se dio cuenta de que el encargado no había puesto candado al picaporte y era una tentación tomar el aire fresco del jardín. Como las bisagras chirriaban, abrió una rendija apenas suficiente para deslizarse y salió a encarar un frío inesperado. El aire le quemó los labios y erizó la piel de su cráneo rapado. Sin embargo, no quiso volver; todo el jardín brillaba bajo un azul intenso y era como un paisaje de otro planeta. El sendero de doscientos metros de piedras por cuyas grietas crecían silvestres el romero y el musgo. Los manzanos que ya querían florecer pero aguantaban cerrando sus botones en la helada primavera. El lago artificial cuyos nenúfares se juntaban en el centro cuando llegaba la noche y volvían a dispersarse hacia las orillas cuando asomaba el sol. Y el puente de madera crujiente, barandas bajas, diseño curvado, que llegaba a un último tramo de piedra y terminaba en el muro alto y la reja de hierro.

Se puso las sandalias y caminó con paso forzado, como si el aire frío fuera más denso. Había en su ser un imán que lo empujaba hacia ese mundo exterior que hacía rato no miraba.

«¿Qué estará pasando allá afuera?», pensó.

Al llegar a la reja y calcular que su cuerpo pasaba sin problema entre dos barrotes, decidió salir al bosque y buscar algún resplandor de la ciudad allá abajo. Adentro el monasterio dormía el letargo de las cosas que hallan la serenidad original.

Una pierna y un brazo, luego hundir el estómago y deslizar todo el tronco, la cabeza de lado, y al final la pierna y el

LA CANCIÓN DE LA LUNA

brazo que faltan. Así llegó hasta el bosque que se veía azuloso. El suelo era de ramas caídas y hojas secas y había descensos leves y tierra resbalosa. Pero el monje estuvo atento a cada rama que pisaba, a los matorrales, a los montones de barro y a los charcos congelados; hasta que de pronto tuvo justo al frente, un poco por encima de sus ojos, la luna redonda brillando entre el ramaje raquítico de los árboles. Desde el cielo la bola enorme enviaba todo su fulgor al bosque, y acaso en ese instante de madrugada él era el único que recibía sus rayos. Abrió los brazos, alzó la cara y, un poco desafiante, cantó la primera estrofa de la canción. No mucho tiempo después se oyó a lo lejos un lobo aullando.

2

LA CANCIÓN QUE HABÍA ESTADO RONDANDO su mente hablaba de la luna entre los árboles. La grabó el cantante Jimmy Rushing con la orquesta de Count Basie en 1938. Suena una entrada del piano con la complicidad de un platillo, unos vientos frenéticos, un preludio de saxofón dulce y, entonces sí, la voz áspera de *mister* Rushing, que en alguna vieja carátula de disco se veía gordo como la luna, evocando esa misma imagen que ahora resplandecía ante su vista:

*Don't the moon look lonesome
shining thru the tree
Don't your house look lonesome
when your baby packs up to leave*

Cuando tenía cuatro años, sus padres decidieron recorrer el mundo en bicicleta. Pensaron que con ese sistema su hijo quedaría mejor educado, versado en los paisajes y las lenguas del mundo y listo para sobrevivir en cualquier ámbito. El barco que cruzó el océano los depositó en la Patagonia. A fuerza de pedal fueron subiendo por la costa pacífica, a veces apurados y otras veces absortos, como en cámara lenta, porque no querían despedirse de esos terruños. En esa primera etapa el niño viajó en un sillín delantero que su papá había hecho con escasas nociones de carpintería. Pero en Santiago habían comprado un remolque que a veces arrastraba su bicicleta y otras veces la de la madre, donde se volvió costumbre montar al niño bajo una especie de carpa protectora. Allí continuó el viaje en compañía de ropa sucia,

termos de agua, latas de atún, un gramófono de manivela y media docena de discos. Celebró sus cinco años en el desierto de Atacama, comiendo el puré de un fruto de cactus y bailando con mamá una *tarantella* debajo de un sol rojo. Al atardecer se sentaron al borde de un despeñadero de arena petrificada a contemplar los monolitos y las dunas; el padre los cubrió de mantas porque la temperatura bajaba rápido y les contó la leyenda de la serpiente encantada. Sacó la brújula, comprobó que todo iba bien y anotó unas coordenadas en su diario. Luego encendió su pipa para saborear mejor esa puesta de sol, ese cielo infinito de visos violetas y esas primeras lucecitas de la noche pidiendo permiso para brillar. Cuando por fin todo el firmamento le perteneció a las estrellas, papá sacó el gramófono y puso a sonar el disco de Jimmy Rushing.

Ahora, si miraba en dirección al sur con los ojos cerrados, el monje podía conectar su ser con aquel paisaje de arena de su infancia. ¿Cuántos kilómetros y cuántos años separaban el adulto del niño? Muchos, todos, y sin embargo le parecía oír esa canción con total nitidez. Avanzó otro poco entre pinos y empezó a olvidarse del camino al monasterio. Sintió ganas de orinar. Se acercó a un paraje de troncos gruesos, se levantó la túnica y se aflojó el calzoncillo para apuntar a un montículo de hierba en el que brillaban las gotas gélidas del rocío mañanero. Se entretuvo viendo el vapor que levantaba su orina al contacto con el pasto helado. Descansó, volvió a acomodarse el calzoncillo y entonces oyó a sus espaldas, muy cerca, un ronquido de animal salvaje.

Volteó con cautela y lo vio. Un lobo. Las orejas puntiagudas, los ojos brillantes, los colmillos al aire en un gesto macabro de hambre universal. Se miraron fijamente durante un tiempo eterno. El monje ensayó un paso lateral pero fue frenado en su

intención por un gruñido más amenazante. Intentó hablarle. «Todo está bien, todo está bien», le dijo con un hilo de voz que al lobo le causó el efecto contrario: irguió más las orejas, volvió a gruñir, inflamó el pecho y de pronto, arrebatado, lanzó un aullido escalofriante que fue contestado en la lejanía por otro lobo, y después por un tercero. El monje entendió que era un intruso en un terreno custodiado por fieras, y el miedo lo invadió en temblores.

Entonces intentó la huida en línea recta. Recordó haber leído un antiguo texto chino donde dice que los cazadores natos perdonan a las presas cuando éstas huyen de frente y no en sentido diagonal. Dio dos pasos firmes hacia atrás. En el segundo lo traicionó la tierra húmeda y se resbaló haciendo un ruido horrible de ramitas que se resquebrajan. El lobo le clavó todo el fulgor de sus ojos amarillos y se le abalanzó a la pierna. Hundió los colmillos en la carne. La víctima gritó de dolor y luego en gesto de derrota animal le mostró la yugular. Justo en ese momento, un ventarrón gélido terminó por salvarlo cuando pasó con fuerza entre dos árboles, descascaró los troncos y rompió una rama vieja. El ruido fue amplificado por el eco del bosque. El lobo desclavó los colmillos y salió corriendo, y el monje quedó tirado en el barro, sintiendo el borbotón de sangre empapándole la túnica, mientras goteaba hacia la tierra como una ofrenda primitiva.

Con esfuerzo se levantó entre las hojas rojas. El dolor lo hizo perder el equilibrio. Volvió a levantarse, hizo un torniquete con su misma túnica y empezó a correr ladera abajo espantado al notar que había perdido el camino de regreso, ansioso por ver pronto algo de asfalto. Corrió en bajada dos kilómetros como si fueran unos pocos saltos y llegó hasta la Autopista Uno en el

peor de los estados. La pierna en sangre y barro, la túnica rota, el rostro lleno de arañazos de las ramas del bosque, la piel pálida. El miedo.

Entonces aparecieron las luces y el ruido de motor de un moderno camión frigorífico que venía a baja velocidad. El monje saltó en su pierna sana, empezó a agitar los brazos y abrió la boca para gritar, pero no le salió la voz. El conductor frenó de inmediato. Se estacionó justo a su lado, le abrió la puerta derecha y le miró desde arriba la pinta deplorable:

—Mírese nomás, ¿qué le ha pasado a usted, hombre?

—Me atacó un lobo —contestó el monje en medio de un escalofrío.

—Ándele, súbase —le indicó el camionero, estirando el brazo para que se agarrara.

El monje se acomodó con esfuerzo, cerró la puerta y entonces pudo ver bien a su salvador. Llevaba camiseta negra y gorra blanca. Tenía la piel morena, el rostro aindiado y unas patillas largas que se unían con el bigote. Lo miró con ojos diáfanos y empezó a calmarlo con voz muy recia para hacerse oír sobre el murmullo del motor:

—Tranquilo, todo está bien. Lo voy a llevar a la Clínica del Inmaculado Corazón que me queda en el camino.

—¿Está lejos?

—Ni tanto. Aguántese usted un poquito que allá lo van a curar. Son unas monjas católicas muy serviciales, ya verá.

—Necesito que vaya lo más rápido que pueda, es que la herida no me para de sangrar.

—Andaba hambriento ese lobo. De veras tiene usted la protección celeste porque otros ni quedan para contar el cuento. Mucho gusto —le dijo pisando el acelerador y estrechándole la mano—. Mi nombre es Rondamón.

—Ah, es el nombre de un faraón egipcio, ¿no?

—No, no es por ahí la cosa. Lo que pasa es que mi papá veía un programa de televisión donde salía un personaje llamado Don Ramón y a veces en broma le decían Ron Damón. Entonces él terminó por creer que eso era un nombre y cuando nació yo, que fui su primer hijo, decidió ponerme Rondamón.

—¿Y a dónde viaja, Rondamón?

—A la ciudad, como todos los días a esta hora. ¿Sabe qué llevo ahí atrás?

—No.

—Fresas, voy a invadir Frisco con fresas. ¿Sabe cuántas?

—No.

—Mil cajitas de fresas de quinientos gramos cada una, con un total de veinticuatro fresas por cajita. O sea que ahí atrás llevo quinientos kilos de fresas, o si usted lo quiere ver de otra forma, veinticuatro mil fresas.

Sobre el asfalto, la línea fosforescente que separa los carriles a veces estaba entrecortada y otras veces era larga, como infinita. En el fondo oscuro de la madrugada, justo antes de asomar el sol, flotaban las luces de otros camiones: rojas cuando los pasaban, blancas cuando venían en dirección contraria. Al entrecerrar los ojos, en el umbral de un desmayo, todo era puntos y rayas y no existía nada más. De pronto la voz inquieta del camionero lo sacó del sopor:

—Ándele, resista. No se me va a rajarse ahora que va sentado cómodo para la clínica.

El monje lo miró con toda la angustia y le preguntó:

—¿A quién se encomienda usted si siente que se está yendo?

—Mire usted, yo creo que uno en realidad no se va a ningún lado porque pertenece a la fuente.

—¿Qué fuente?

—La fuente infinita de todo lo que existe. A mí se me apareció una madrugada, imagínese usted, igualita a esta. Venía yo manejando por esta autopista y me entraron ganas de escuchar un poco de música para acompañarme, pero esta radio casi nunca me canta porque tiene un cablecito suelto, es medio caprichosa. Entonces me invadió una tristeza horrible, bien pegajosa, ¿no? Empecé a pensar que yo no era nadie, que el cielo me tenía abandonado haciendo un trabajo de mierda, todos los días transportar veinticuatro mil fresas... Yo no sé, son esas cosas que de pronto le roban a uno la tranquilidad. Y entonces agarré a rezarle con mucho fervor a san Martín de Porres. Le dije: «¡Ay, Sanmartincito, mándame una seña de que no estoy solo!». Al poquito tiempo intenté otra vez encender la radio, y esta vez me funcionó perfecto. ¿Y sabe usted qué estaba sonando? «Strawberry Fields Forever», completica, de principio a fin, y luego otra vez se volvió a ir la señal.

El dolor en la pierna se hizo más intenso. El monje intentó reacomodarse y sintió su herida tan quemante que se le escapó un grito. Rondamón suspiró como sintiendo su sufrimiento, y sin quitar los ojos de la carretera comenzó a calmarlo:

—No se preocupe que ya las monjitas lo van a curar. Pero si de veras el dolor es grande, usted sabe, hay unos analgésicos naturales...

—¿Cómo?

—Sí, que si usted está que se muere del dolor, yo con mucho gusto le comparto un remedio que llevo ahí en el botiquín. Ábralo nomás, con confianza.

En una bolsa plástica había cogollos de tan impresionante verdor y frescura que al contacto con las yemas de los dedos soltaban minúsculas gotas de un aceite pegajoso. Por un segundo,

el camión se sintió perfumado de pequeño jardín jamaiquino. También dentro de la bolsa había papel de cigarrillo.

—Es hidropónica —le anunció sonriente—. Usted perdonará el exceso de confianza pero lo veo tan indispuesto que no puedo hacer menos. Si gusta nos hacemos a un lado de la carretera y yo le hago el favor de enrollarlo...

—No, no hace falta.

—Bueno, usted me perdona. Yo le proponía esto sin malicia...

—No, digo que no hace falta que se detenga. Yo puedo armarlo.

—Ah, pues ándele.

El monje estaba asustado y adolorido, pero había recordado de repente una enseñanza de su maestro en el monasterio. Alguna tarde de meditación del invierno anterior, les dijo que uno de los aposentos del sufrimiento es una mente que no esté presente del todo: «Todo está bien, sólo hay que volver al fondo de uno mismo en cada instante». Por eso el monje pensó que la mejor manera de estar presente era centrar toda su atención en el ejercicio de armar un cigarrillo. Molió con pericia un par de cogollos dentro de su puño cerrado, luego manipuló el papelito encorvándolo como si fuera una tortilla de maíz y esparció el polvo verde cuidando que nada se fuera a resbalar por las orillas. Con un movimiento firme enrolló rápido y lo selló con la punta de la lengua. Se quedó mirando cómo le había quedado: no parecía un cilindro sino un zepelín. El camionero, que vio de reojo toda la maniobra, no pudo ocultar su asombro. Sacó un encendedor del bolsillo y se lo pasó, como otorgándole un honor.

—Bueno, usted ya conoce una parte de mi historia. Ahora le toca hablar. No me ha dicho de dónde viene, ni qué

diablos hacía por allá con los lobos. No me ha dicho ni cómo se llama.

El monje encendió su creación, aspiró una bocanada profunda, cerró los ojos, echó atrás la cabeza, tosió. La pierna dejó de sangrar un poco. Luego, con esfuerzo, se acomodó sobre el costado izquierdo para ver mejor a su salvador. Fijó sus ojos enrojecidos en el timón, los brazos esqueléticos, el perfil de guerrero azteca, y más allá el paisaje en movimiento. Tomó aire y respondió recio porque en mucho tiempo no había declamado su nombre:

—Leopoldo Caruso.

El sol empezó a asomar sobre las copas de los árboles en lo alto de la montaña. Sus rayos clarearon el cielo, bañaron de esperanza el asfalto y llegaron hasta el borde del precipicio y la orilla del mar. El aire se entibió. La luz anunciaba el inicio de una jornada repleta de sorpresas. La mañana era un cristal. La autopista que llevaba a la Clínica del Inmaculado Corazón bordeaba todo el tiempo un despeñadero de rocas gigantes que descendían hacia el océano Pacífico, como si el continente hubiera sido cortado de un tajo. Las olas golpeaban furiosas, cavando grutas submarinas con el paso de los siglos. Tan cerca estaban del mar crispado que a veces las gotas de agua salada salpicaban la ventanilla. La fuerza de esas olas enormes que chocaban contra la pared de roca era superior a la de todos los motores que cruzaban cada día la Autopista Uno. Varias leyendas cuentan que allá en el fondo del mar, al lado de los huesos suicidas de amores intemporales y las carrocerías de automóviles que han perdido el equilibrio, yacen los cascos rotos y los doblones de oro de barcos que sucumbieron en el siglo dieciséis. Por la carretera va un camión de fresas ya sin tanta prisa.

3

LA CLÍNICA DEL INMACULADO CORAZÓN es blanca. Sus muros bañados en cal son altos y las ventanas pequeñas en notable desproporción. La arquitectura es colonial, con amplios corredores, una docena de habitaciones y un patio interior que mira hacia una capilla pequeña. Leopoldo entró saltando en una piedad, sosteniéndose en una monja redonda y bajita. Las paredes eran de baldosa hasta el nivel de la vista, luego tenían un tramo superior en cemento blanqueado y terminaban en unas fuertes vigas de madera que sostenían el techo. La combinación de materiales le daba al pasillo un eco fornido, que resaltaba el sonido de sus pasos y sus quejas.

—Ya vamos a llegar —le dijo la monjita con voz suave. Casi en seguida Leopoldo vio que la puerta a la que se dirigían tenía una placa. A los pocos saltos estuvo tan cerca que pudo leer las palabras de su esperanza:

UNIDAD
DE
REANIMACIÓN

Dentro de la habitación había dos camillas esperándolo. Leopoldo escogió la más cercana y se tumbó sin darle tiempo a la hermanita de ayudarlo. Gruñó por el dolor, se acomodó hacia un lado y la miró fijamente con los ojos resecaos antes de preguntarle entre suspiros:

—¿También reaniman el espíritu en la unidad?

La hermanita le sonrió sin ocultar ciertos nervios. Le sudaba tanto la nariz que las gafas se resbalaban a cada instante y